

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, marzo de 1950

Núm. 973

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

JESUS DE NAZARET EN EL TEMPLO DE JERUSALEN

Extraordinaria era la concurrencia de peregrinos en la ciudad de Jerusalén en la fiesta de los Tabernáculos.

Caravanas de todos los puntos cardinales llegaban continuamente a la ciudad. El Templo, estaba continuamente lleno de gentes que habiendo oído hablar del Maestro de Nazaret, confiaban poder escuchar sus palabras. No obstante, los que habían vivido los últimos días de acontecimientos extraordinarios, con los portentosos milagros que había realizado y el ambiente de odio y persecución que había levantado en su derredor, entre los doctores de la ley, aseguraban que no se presentaría por el Templo en aquellas fiestas. La Temeridad sería excesiva y su vida peligraría.

Los fariseos temiendo su aparición y el entusiasmo popular que podría provocar, habían dado órdenes de detención si se presentaba en el Templo. Al mismo tiempo, se le espiaba en todos sus movimientos por Galilea.

Aquí en el Templo, comentaban escribas y fariseos, no se atreverá a presentarse. Somos muchos los magnos maestros de la ciencia religiosa, y no es la multitud ignorante quien le escuchará. Teme este auditorio y no se presentará en Jerusalén, aseguraban orgullosamente.

Acababan de empezar las ceremonias del día cuarto y aun se susurraba en los atrios que no vendría.

Un grupo de escribas comentaba:

—¿Cómo sabe las Escrituras, si no las ha estudiado?

—No puede ser el Mesías. Procede de la pequeña aldea de Nazaret, donde ejercía el oficio de carpintero.

—¿Quién ha podido entonces enseñarle la doctrina que predica?

De repente, la multitud, que se hallaba en el Templo, se sintió como agitada por un estremecimiento. En el escalón más alto del atrio de los judíos acababa de erguirse una figura blanca. ¡Era el Profeta!

Todos se acercaban a El para escuchar sus palabras. La emoción era grande. Un momento, se hizo el silen-

cio y la voz de Jesús de Nazaret, dominó el Templo de Jerusalén.

—«Grande,—dijo—es el número de vosotros que se pregunta de dónde tomo la doctrina que enseño. Esa doctrina no es mía, sino del que me ha enviado; es decir, de Dios.»

—«Pretendeis saber quién soy y de dónde vengo. Pero vosotros no sabéis que no vengo de mi mismo. Me envía aquél que es la verdad; pero a Ese no le conocéis vosotros. Yo sí; porque de El procedo y El me ha enviado.»

Grande era el asombro de los escribas que admirados se veían descubiertos en sus pensamientos. Verdaderamente, Jesús de Nazaret, hablaba, pero su mirada estaba fija en los sacerdotes del Templo que le escuchaban.

La intención de sus palabras era manifiesta.

—¿No está ahí ahora a quien los Príncipes de los Sacerdotes querían detener y procesar?—se preguntaban unos a otros. Pues, ¿cómo no se atreven a impedirle hablar como habla? Ni siquiera osan contestarle.

La voz del Profeta decía:

—«Estoy aún entre vosotros, por poco tiempo. Después regresaré a Aquel que me ha enviado y entonces me buscaréis sin encontrarme; porque donde yo voy, vosotros no podeis entrar.»

En aquel punto resonaron hacia la puerta del Mediodía grandes clamores, mezclados con el sonido de las trompetas y los címbalos.

Jesús calló y empezó a desfilar por los pórticos una larga procesión.

El gran Sacerdote Caifás, caminaba a la cabeza, revestido de los ornamentos pontificales, llevando en las manos una urna de oro.

Detrás venían los sacerdotes con suntuosas vestiduras de púrpura y oro; luego los escribas, muchos ancianos y multitud de peregrinos.

Coros de voces, acompañados de arpas, salterios y flautas entonaban el cántico del rescate, del profeta Isaias.

«Una rama saldrá del tronco de Jossé,

Y de sus raíces brotará un retoño;

En él descansará el espíritu de Jehová...

La procesión continuaba, cantando siempre, atravesando el atrio de los gentiles; después el de las mujeres y el de los judíos; y el Pontífice, portador de la urna de oro, pasó la puerta de Nicanor y el pórtico que rodea el atrio de los Levitas.

En el momento de subir las gradas que conducen al altar de los holocaustos, el pueblo gritó: «¡Levanta la mano!». Y el pontífice inclinó la urna de oro a la parte de occidente, mientras el pueblo terminaba el salmo de Isaias: «Iréis a tomar agua con alegría a las fuentes de salvación».

Apenas cesados los cantos, Jesús elevó de nuevo la voz en el Templo, buscando en aquella ceremonia una nueva imagen de su doctrina:

—Si alguno tiene sed,—clamó—que venga a mí y beba. El que crea en mí será como la roca de que habla la Escritura; de su seno surgirán manantiales de agua viva.

La multitud empezaba a agitarse con las palabras del Maestro.

—Verdaderamente,—decían unos—es el Profeta anunciado por Isaias. ¡Es el Mesías! ¡Es Cristo!

Pero Jesús continuó, sin dejarse imponer por el vocerío.

La tarde caía y se encendieron grandes candelabros que iluminaban todos los atrios. Sus reflejos transfiguraban al Profeta, que espontáneamente dijo en voz fuerte:

—Soy la luz del mundo. El que me sigue no anda entre tinieblas; antes bien, tendrá la luz y la vida.

—Ahí está:—gritaban a los sacerdotes y fariseos los peregrinos de todos los sitios entusiasmados por la elocuencia de Aquel Profeta. Ahí está, en vuestro mismo Templo, ante vuestros ojos y a pesar de todo, le teméis. Prendedlo ahora, vosotros, que deciais que no volvería jamás a Jerusalén.

Gamaliel, rodeado de algunos sacerdotes y escribas, comentaba las últimas palabras del joven Nazareno:

—Nunca oyó el mundo tan grandes palabras y no conozco elocuencia alguna que posea este carácter personal y absoluto. Hace un momento,—continuaba hablando Gamaliel,—se proclamaba Fuente de agua viva de la vida eterna y ahora Luz del mundo. Advertid que no se apoya en la autoridad de nadie, salvo la de Dios, y que no dice: «Voy a enseñaros dónde está la

fuelle de vida y de luz y cómo podeis llegar a ellas». Dice sencillamente: Yo soy la Fuente; yo soy la Luz». Para hablar así hay que ser Dios.

En aquel momento llegaban al grupo de sacerdotes donde estaba Gamaliel, las últimas palabras del Maestro: «Soy lo que afirmo; Soy el principio... El que me ha enviado no engaña y lo que El me enseñó, yo lo dió al mundo... Cuando habréis alzado en alto al Hijo del Hombre, reconoceréis quién soy. El que me envió está conmigo, y no me deja solo porque siempre hago su voluntad».

Gamaliel se estremeció al oír tales palabras.

—Extraordinaria afirmación. Dice ser el Principio. Y no hay en el mundo ser humano que pueda hacer tal afirmación. Ni siquiera Moisés se hubiera atrevido a pronunciar tales palabras.

El Profeta proseguía su discurso,

Gamaliel y sus amigos salieron del Templo en apasionada discusión.

—Este hombre,—decía el viejo doctor de la Ley—cada día se aproxima más al Mesías, y creo es preciso estudiar bien las Escrituras para que veamos claro tan trascendental problema para el pueblo de Israel.

—Creemos sin embargo,—contestaron otros—que, o es un gran Profeta solamente, o un gran impostor.

—Pero no véis, que a vosotros mismos os sorprenden sus conocimientos de las Sagradas Escrituras en un hombre que sabemos todos no ha estudiado como lo hemos hecho nosotros en muchos años. ¿Cómo es posible, si no es Dios quien nos habla, que conozca más a fondo que nosotros lo que dicen la Ley y los Profetas?

—Cada día, creo—afirmó Gamaliel, que el Mesías ha quedado en el Templo de Jerusalén y nosotros estamos ciegos porque no queremos ver.

A. B. R.

promiscuidad con los mantones de Manila.

Había eternamente en aquel hombre una tragedia que le hacía interesante. Debe ser la tragedia de todos los escultores: la lucha con el medio de expresión. Había en su alma de artista vaguedades sublimes que se revelaban contra la precisión, brutal de la línea. Cada obra que terminaba dejaba fuera de sus contornos serenos y armónicos un sin fin de aspiraciones irrealizadas, que eran la fortuna del artista. Se atormentaban como hijos abandonados que le recordasen, con duro reproche, su derecho a la vida. Y Arana—siempre deseando superarse a sí mismo—hundía sus manos febriles en sus pegotes blancos, con un deseo imposible de infundir su espíritu en el yeso...

Hablaba de esto con fogosa desesperación. Era un pobre esclavo, un pobre prisionero de la forma. Sus ojos y sus manos eran como esbirros que llevaban atado a su espíritu por el mundo del Arte.

Así fué como, hablando de esto, vino un día a contarme la historia de su Cristo no terminado. Yo había visto muchas veces el yeso del Cristo a medio hacer en un rincón del estudio; pero no me había atrevido a preguntarle. El me explicó:

—Sí; esa es la gran desilusión de mi vida. Soñé hacer una obra definitiva: Cristo en el momento de decir las «Bienaventuranzas». Es quizá el momento más divino de Dios: es la Nueva; el gran programa renovador; el instante en que el mundo se parte en dos y las cosas todas se trastuecan y se vuelven como dedo de guante. Luego, el Calvario no es sino la rúbrica de las «Bienaventuranzas». Mi concepción tenía toda la grandeza de lo sencillo. Cristo había de estar sentado con un aplomo y una serenidad absoluta. Sin embargo, tal había de ser su majestad, que pareciera estar sentado sobre el mundo. Luego, todo el interés había de estar en el rostro; era necesario que en él estuviera reflejada toda la hermosura de un dolor esperanzado, que esa es, al cabo toda la médula de las «Bienaventuranzas». ¿Modelo para ese rostro?... Dudé, medité... Al fin, un día tuve la súbita revelación: ¡un mendigo! Sí; no podía ser otro. Cristo mismo nos había dicho que en ellos legaba su imagen. Había que buscar un mendigo bueno, resignado, esperanzado. Es la forma humana que mejor puede reflejar a Cristo...

Desde entonces en mis paseos y correrías miraba con avidez todos los rostros en busca de mi Cristo... ¡Ah, amigo! No puede figurarse nada más terrible que los rostros de los hombres mirados con atención. Descubrí en ellos achatamientos de idiotez, relámpagos de lubricidad, centelleos de odio; pasaban rostros y rostros, y no descubría el gesto dulce del dolor resignado de mi Cristo. Encontré, sí, algunos modelos de Apolos y no pocos de faunos y de sátiros...

Pero al fin, un día, el volver una esquina, tuve la esperada revelación.

Miré con hambre el rostro deseado. Sí; era un mendigo dulce y bondadoso. Tenía las melenas largas y suaves y la barba crecida hasta el pecho. Era una venerable cabeza. En el marco de aquellas barbas lacias y majestuosas, el rostro sonreía entre el dolor, como el sol entre las nubes grises los días tormentosos... Me acerqué a él con veneración. Me habló suavemente. Entonces noté que tenía un violín en la mano. Esto también me agradó. Después de un breve rato de charla, le dije que era escultor y que deseaba retratarle. Le dí las señas de mi estudio y convino en ir al día siguiente. Estreché su mano y con disimulo puse en ella un billete de cinco duros.

Al siguiente día esperaba yo con impaciencia su llegada. Tenía ya modelado el torso de mi Cristo: la actitud serena y aplomada; los pliegues del manto, majestuosos; los pies, casi perdidos en el borde de la túnica. De pronto, oí en el vestibulo unos pasos decididos y, separando bruscamente la cortina, apareció una extraña figura. No le conocía a primera vista. Era el mendigo de la víspera, con el pelo corto y peinado, la barba completamente afeitada, el bigote recortado a la moda, una corbata chillona y un traje más decente...

No pude acabar mi frase de asombro; él me explicó, sonriendo ingenuamente:

—No había de presentarme en casa del señorito hecho un zarrapastroso. He empleado los cinco duros que me dió en arreglarme un poco y afeitarme. Dios se lo pague.

Y enseguida, plantándose ante mí, con un brazo en la cintura, una pierna arqueada y el cuerpo forzosamente ladeado, en actitud que él juzgó inmejorable para retratarse, me preguntó lacónicamente:

—¿Así?

Busqué un pretexto para que se retirase y no volví a verlo más. Comprendí mi error y mi desilusión. No: la belleza de Cristo no podía estar en aquel cabello y en aquellas barbas largas por falta de dinero para cortarlas. Quizás estaba mejor en aquel espíritu infantil que creía embellecerse afeitándose y que preguntaba ingenuamente: «¿Así?»

La belleza espiritual de las «Bienaventuranzas»—lo comprendí claro—está por encima de toda forma posible. Desde aquel día, querido amigo, decidí dejar truncado e inacabado mi Cristo, como el mejor homenaje al ideal irrealizable de mi espíritu... Ese Cristo a medio hacer es la obra que más estimo entre las mías.

Y diciendo así, el buen artista acariciaba el torso truncado de su Cristo, que la chimenea llenaba de resplandores inquietos...

JOSE MARIA PEMAN

"GONDEL"

Multicopista Americana

Alvarez Garaya, 25

GIJON

Tel. 4039

El Cristo truncado

¡Era genial aquel escultor Felipe Arana, mi gran amigo! Yo gustaba, en las tardes lluviosas de invierno, ir a acompañarle a su estudio. Allí, al lado de la ancha chimenea orlada de carátulas renacentistas, charlaba y charlaba, mientras bebía a sorbos una copa de Chipre que gustaba saborear, más que por vicio, por la clásica reminiscencia del nombre. Era delicioso. La palabra de Arana era fogosa y extraña, y el intermitente chisporroteo de la chimenea hacía vacilar todos los objetos inanimados del estudio: las diosas y cazadores que vagaban en los viejos tapices por praderas de un verde pálido; la figurilla de «Terracotta» que se retorció por todos los rincones, en extrañas posturas; las vírgenes sienas que, parecían comprimidas en sus hornacinas de madera dorada; las casullas, en fin, que servían de paño a los caballetes, en democrática

Se nos han enviado unos versos, escritos en momentos de depresión espiritual, por quien encontrándose en apurada situación económica familiar y agotado por dolores de triste enfermedad, canta sus penas poéticamente, vacilando a veces por la desesperación y consolándose otras, con la resignación cristiana del creyente.

Sean nuestras palabras de ánimo espiritual para fortalecer su fe y hacerle llevar su cruz con la resignación santa de los justos en quienes Dios pone la mirada, llenándoles de tribulaciones, para que en ellas se fortalezcan y sean mayores sus méritos ante el tribunal de Cristo, cuyo ejemplo meditamos en estos días que nos aproximan a la Semana de Pasión.

Vean nuestros lectores en estos versos, la pena de un hombre, que sufre en su cuerpo y en su corazón.

LA DESILUSION

Un joven poeta de ilusiones lleno,
sintiendo su seno de amor palpar,
se metió en el lago, do mora Cupido
y en él sumergido se puso a soñar,

Sonó que tranquilo y feliz navegaba
surcando en su nave por el ancho mar
con rumbo hacia un puerto donde le esperaba
entre otras delicias la dulce de amar.

Y mientras las musas ceñían su frente,
con una corona de mirto y laurel
él su sed de amor saciaba en la fuente
del más florecido y frondoso vergel.

Mas luego una ninfa le dijo al oído
no sueñes poeta, porque al despertar
de este inmenso lago donde te has dormido
transido de pena te habrás de ausentar.

Yo soy esa ninfa triste y afligida
que siempre en el lago llora de dolor.
Despertó el Poeta, con el alma herida,
sin sentir su pecho palpar de amor.

Hoy el infeliz con alma afligida
con el más amargo y cruel desconsuelo
sigue por la senda de su triste vida
igual que aquel ave que al sentirse herida
sus alas repliega y arrastra en el suelo.

Cuando en su camino tropieza algún niño
que le cede paso y medroso le mira
cual se mira a un ogro o cruel malhechor
él también lo mira pero con cariño
luego mira al Cielo y después suspira
y al mirar al suelo llora de dolor

Llora de dolor y sigue caminando
siempre en un sendero de espinas y abrojos
pálida la faz y húmedos los ojos.

El pobre infeliz así va pensando;
ayer yo era un niño alegre y dichoso
apenas fui hombre, soñé en el amor
hoy estoy enfermo, triste y achacoso.
llenó de fatigas, penas y dolor.

Busco en vano apoyo y me tiembla la mano
quiero andar de prisa, vacilan mis pies
y una voz me dice: despacito anciano,
que el amor se pasa y no vuelve después.

Yo ya sé que en vano no pasan los años
pues ellos me dicen con mucha razón:
nosotros traemos penas, desengaños
achaques vejez y desilusión.

José Morán

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Otra vez nos aproximamos a los días luctuosos de la Semana Santa

Una nueva Cuaresma ha comenzado. La vida pública de Jesús de Nazaret, está en su apogeo. Los milagros se suceden a diario, la multitud le aclama como Mesías y El llora ante Jerusalén su próxima destrucción y su ruina, justo castigo de su deicidio.

El joven Nazareno dá la luz a los ojos ciegos y lleva también la luz de la verdad a quien quiera recibirla.

La ocasión es maravillosa. El es, la verdad y la vida. Es la luz en medio de las tinieblas.

Desgraciados los ciegos que no quieran ver la luz de la verdad.

No a todos se les ha concedido la gracia de vivir una nueva época de Cuaresma.

Pensaron llegar en vida a tener ocasión de reajustar sus cuentas de conciencia y la muerte no ha querido concederles ese nuevo plazo que se nos ha concedido a nosotros, los que aun estamos en este mundo.

Aprovechemos la ocasión que se nos brinda, tal vez última para hacer un balance de nuestra situación religiosa.

Ninguna época mejor para meditar nuestra posición en el mundo.

Por todas partes se nos ofrecen ocasiones de meditación. Las Iglesias todas anuncian Ejercicios espirituales y conferencias religiosas adaptadas a todas las inteligencias y condiciones sociales.

Ninguna meditación más perfecta que la de unos buenos Ejercicios en retiro, apartado de las preocupaciones del mundo, olvidando los afanes que obsesionan nuestra activa vida de trabajo, y preocupándonos solamente, en esos días, de que nuestra conciencia es independiente de cuantos nos rodean y son los actos nuestros los que han de ser presentados a Dios para ser juzgados.

Nuestras relaciones para con los demás, son de obligación, pues en nuestra condición o posición social y en la vida familiar, religiosamente sólo tenemos obligaciones que cumplir y que el faltar a ellas, muchas veces origina graves pecados que forzosamente habremos de purgar.

Meditad y repasad vuestras actividades. En la vida económica que no nos ciega la ambición, sino que pensemos que hay quien nada tiene y que nuestra ayuda puede mitigar muchas necesidades. Es nuestro deber no escatimar, a quien contribuye a incrementar nuestros bienes, la remuneración justa que le permita vivir con alguna comodidad en la vida de familia. En cuanto a las relaciones con la esposa y los hijos, medita también, si algo tenemos que corregir y rectificar para que no nos sorprenda la muerte sin haber liquidado cuanto pueda causar nuestra desgracia eterna.

Hagamos un sacrificio, hasta donde nos sea posible. Si tenemos la suerte de poder destinar unos días completos al retiro espiritual en alguna Casa de Ejercicios,

felices entonces; pues el resultado será mucho más provechoso. Pero si eso no es posible, no dejemos de hacer alguna meditación aprovechando las facilidades que se nos ofrecen en nuestra población para hacer un balance general de conciencia y reajustar las cuentas para el resto de nuestras vidas.

Así, cuando lleguemos al final de la jornada, nuestro corazón encontrará gran consuelo, al encontrar paz en nuestra conciencia.

Y volviéndose, Jesús de Nazaret a sus discípulos les dijo:

—Venid a Mí todos los que estais cargados y estais trabajando, y yo os aliviaré... y hallaréis descanso para vuestras almas.

R.

Comentando

UNA ESPECIE DE INTERVIU

Dada la íntima amistad (podría decir con certeza más que hermandad) que me une al Hermano Mayor de la Cofradía del Santo Entierro, creí conveniente sostener con éste una conversación sobre la Semana Santa gijonesa. La proximidad de las principales fiestas que organiza esta Cofradía en Gijón, es un motivo para que me reciba con cordialidad, en él, para mí, tan conocido despacho. Entro en éste como si en mí mismo despacho penetrara; y después de los saludos afectuosos que la educación y la amistad imponen, hablamos largo y tendido del asunto. No he de transcribir aquí la conversación al estilo cursi y trasnochado de una interviu periódica. Ni él se estima en una calidad parecida a las de las estrellas de cine, ni yo me creo tan vulgar como esos reporteros que gastan lápices y papeles... y sudores para vivir de sus conversaciones.

De esta sabrosa conversación saqué muchas conclusiones pesimistas. El, con la autoridad que en la materia le da su cargo, no está tan animado como parece. No se queja de nada ni de nadie, porque de sobra sabe que esta lucha siempre existió en las cosas de la Iglesia. Nada se puede esperar de nadie, y las cosas se deslizan con languidez. La ayuda económica no llega por ninguna parte, pero en todas partes se dice que a esta obra se la debe de ayudar. Es más, los mismos que lo dicen, cuando por los puestos a que ascienden se ven en condiciones de poder ayudar, no lo hacen, y entregan cantidades para otros fines menos nobles y hasta a veces, ridículos.

Eso, si: todos exigen que se haga esto o lo otro, o lo de más allá. Parece mentira que no se os ocurra hacer esto;—dicen.—Y él les contesta: ¿Quién lo paga? Y las voces enmudecen. En otros casos, a los muchísimos que se llegan a él anunciando proyectos casi siempre «individuales», los enmudece con esta sola pregunta: ¿Es Vd. cofrade?... Y ni eso son. Es el sistema de entorpecer una labor para luego amonestar a los que la dirigen.

Con estas dificultades, no es extraño que la Semana Santa llegue a un estancamiento inevitable y lastimoso. En el ánimo de la Junta Directiva de la Hermandad, está el establecimiento de actos y cosas que darían raigambre a la obra en Gijón, como por ejemplo, la Procesión de la Entrada en Jerusalén, toda ella a base de niños; la solemnización extraordinaria del Domingo de Ramos; la posible sustitución de algunas de las actuales procesiones por otra dedicada exclusivamente al desfile de distintos «pasos».

Entra también en el programa de variaciones la solemnización del Domingo de Resurrección, y algo sumamente interesante con relación al Pregón de la Semana Santa. Algo que aun no se puede traslucir, pero que, desde luego, sería de verdadera resonancia fuera de nuestra Provincia.

Pero para lograr esto, hace falta lo que se les niega o regatea: ayuda económica y número de cofrades, y sería posible la restauración de los «pasos» que aun no se han podido reconstruir, y la segunda daría prestancia y realce a los actos de la Cofradía, y esto es una ayuda moral.

La Cofradía ha innovado en Gijón una serie de cosas transcendentales, con las que se cuenta siempre. No cabe duda de que se alcanzó un rotundo éxito en estas innovaciones que se hicieron clásicas e imprescindibles: el uso de hábitos en las procesiones, la publicación anual del Porfolio anunciador, la cada vez más admirada procesión del Encuentro con su sermón en la calle, la piadosísima procesión nocturna del Vía-Crucis, el acto literario del Pregón... Nada de esto se vió nunca en Gijón, y ahora Gijón lo pide y lo exige. Vive porque «gusta», pero no porque se

ayude a vivir estas cosas...

Y sigue nuestra conversación por este mismo camino, que podría ser interminable, y que por no cansar más al lector dejo de transcribir.

Queridos lectores: Si vosotros sois de los que, en efecto, tenéis devoción a la sagrada Pasión del Señor, y véis, con buenos ojos esta labor, ayudadla en lo que podáis, que en ello hacéis una buena obra.

HERO

CUARESMA

Cuando más loco corría
por la senda placentera,
sin mirar atrás siquiera
la vida que se perdía

Cuando era mi fantasía
arrebatao tormento,
escuché el triste lamento
de tu voz que me decía:

¡Memento!

Parado al punto quedé;
el miedo me dominó...
mi cabeza su humilló
y mis rodillas doblé:

Tú voz de nuevo escuché,
y aun dura en mí su recuerdo;
pasé de loco a ser cuerdo;
y humilde te contesté

¡Me acuerdol...

Hermenegildo RODRIGUEZ

JEROGLIFICO por A. A. F.

NOTA 50 NOTA

NOTA

¿Dónde la pusiste?

CESAR A. PRIETO

Pintor y Constructor de Obras

Avda. del Molinón, 2-Telf. 3115

GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40

GIJON

Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Alvarez Garaya, 25
(esquina a Langreo) - GIJON

Almacenes

Orbués

Materiales de Construcción

Covadonga, 27 - Teléfono 18-17

GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

JOYERÍA-PLATERÍA-RELOJERÍA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81

GIJON

Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)